

# ID Y EVANGELIZAD

Nº126

[www.solidaridad.net](http://www.solidaridad.net)



## **GNOSTICISMO** **UNA RAZÓN SIN DIOS Y SIN ENCARNACIÓN**



El criterio de realidad, de una Palabra ya encarnada y siempre buscando encarnarse, es esencial a la evangelización. (EG 233)

colaboración económica 1 €

## Realidad frente al gnosticismo

**D**esde que Dios creó al ser humano, hace más de cien mil años, Uno y otro siempre se han buscado mutuamente. Dios viene a nuestro encuentro desde tiempos del Paraíso para dialogar como con un amigo y los hombres buscamos su amparo y favor, por diferentes motivos. Es una relación que se convierte en turbulenta a partir del pecado original de nuestros primeros padres, que perturba gravemente la visión y el corazón humanos. A partir de esta caída originaria y originante, existen dos caminos para realizar el intercambio divino-humano. Y son contrapuestos: el camino ascendente, en el que nosotros nos inventamos determinadas imágenes de Dios con el fin de domesticarle; y el descendente, en el que es Dios el que se nos revela y el hombre debe prestarle obediencia con todas sus potencias intelectuales, volitivas y afectivas.

El método religioso ascendente es equivocado y tiene diversos rostros: desde el mito hasta el politeísmo, pasando por el espiritismo-esoterismo, animismo y el deísmo, que es su forma más ilustrada. El común denominador de todas estas manifestaciones de religiosidad errónea es el voluntarismo moral (pelagianismo) y el gnosticismo, del que tratamos en este número.

El principio y fundamento del gnosticismo es que dentro de nosotros hay una «chispa» divina sofocada por las presiones familiares, hereditarias, ambientales, culturales, etc.; con la ayuda de algún maestro, grupo y metodología adecuada, podemos despertar esa chispa y vivir iluminados, por encima del común de mortales, aherrojados en su terrenalidad. A partir de aquí todo es problemático e inasumible: ¿quién define la esencia de esa chispa?; ¿cuál de los casi infinitos métodos-maestros-grupos es el más adecuado para ese despertar?; ¿serán los dioses mitológicos, el contacto con los muertos o con las «almas» de las verduras y los pajaritos...?; ¿cómo sabes que realmente estás despierto y que los demás son los que viven engañados?

El gnosticismo es, sencillamente, el intento de control de lo divino, el ensoberbecimiento del humano que apuesta por identificar a Dios con una idea, una ética, un ser creado, un sentimiento-herida... El gnosticismo es la promesa diabólica de ser como Dios, que nos convierte en tiranos contra nosotros mismos y los demás.

El gnosticismo está detrás de las grandes tendencias de nuestros días: desde las ideologías del siglo XX (comunismo, nazismo y fascismo), hasta los nacionalismos, los movimientos identitarios (feminismo, ecologismo, indigenismo, LGTBIQ, supremacismo y antisupremacismo, movimiento «woke»...) y también en el capitalismo en su conjunto, basado en la primacía de lo irreal (capital). El error gnóstico también subyace a todas las concepciones teológicas de un Dios omnipotente y distante, ajeno a la razón. Nada más lejos del Dios logos y amor, del Dios encarnado en el que creemos los católicos, tal y como nos explica Benedicto XVI en su conocido discurso en Ratisbona que reproducimos en este número.

Frente al gnosticismo solo hay un camino: el que hemos denominado descendente y que consiste en la aceptación desde la fe, la razón y la voluntad de lo que Dios mismo nos ha manifestado y de la manera en que Él lo ha hecho. Es lo que llamamos Revelación y Tradición, ambas solo recibidas plenamente por la Iglesia católica, aunque el judaísmo tenga una parte considerable (AT) y la Iglesia Ortodoxa esté muy próxima al conjunto.

Este camino descendente es el de la aceptación de la realidad. Dios se nos ha mostrado en la realidad de nuestra naturaleza humana (creada a imagen y semejanza de la suya) y de la que nos rodea; en la realidad de unos libros inspirados y en la de su interpretación autorizada; y, sobre todo, en la realidad de su Hijo hecho carne y de su Cuerpo en la historia que es la Iglesia; pero también en la realidad de los empobrecidos y de su lucha histórica por la liberación integral.

Lamentablemente, también en la propia Iglesia católica se ha introducido el gnosticismo, como se muestra en algunas prácticas religiosas que dan primacía a lo subjetivo, lo individual, lo emotivo o lo ideológico, expresión de un espiritualismo desencarnado.

El gnosticismo fue la herejía más grave que tuvo que enfrentar la Iglesia en sus primeros tiempos. Ahora, lo vuelve a ser.

Frente al gnosticismo, la encarnación.●

# Análisis



## ¡Ay de los que llaman bien al mal!

Marta Lobatón

*¡Ay de los que llaman bien al mal y mal al bien!, dice el profeta Isaías (Is. 5,20). Es el signo del pensamiento gnóstico. Quien sigue esta corriente de pensamiento no es quien sostiene, paladinamente –al modo de un malvado personaje de cómic o de telenovela–, que su objetivo en la vida sea «hacer el mal». Tampoco es quien vive a la suya, siguiendo la ramplona máxima de vida «ande yo caliente, ríase la gente». Hay algo más complejo y profundo en el pecado de gnosticismo que lo hace mucho más sugestivo (casi atractivo) y, por ello mismo, mucho más peligroso. A fin de cuentas, tras él se oculta el deseo luciferino de ser como Dios (Gen. 3,5).*

**E**l aborto (asesinato del niño no nacido), la eutanasia (el suicidio asistido o el asesinato del débil), la procreación médicamente asistida (con sus consecuencias directas de aborto de los niños «imperfectos» engendrados y la congelación de los «sobrantes»), la gestación subrogada (con abuso de la mujer gestante, a la que roban dignidad e hijo, y del propio niño, privado de su madre), la adopción monoparental u homoparental de niños (privándolos del derecho a ser educados por un padre y una madre), la prescripción y promoción –por los educadores homoparentales o por la misma escuela– de derroteros sexuales ajenos a la naturaleza humana (y, por tanto, de efectos nefastos para el sano desarrollo de la personalidad del niño)... han adquirido ya el rango de derechos o facultades amparadas por los tratados internacionales de derechos humanos y los órganos que los aplican.

En la lista de espera de nuevos derechos que genera esta deriva ética, jurídica y social se sitúan el infanticidio (ya admitido, enmascarado como aborto, en parte de los EE.UU.), la pederastia (que llegará amalgamando el derecho a la libre «orientación sexual» con el «empoderamiento» de los menores), el asesinato por decreto de los enfermos y discapacitados (que será la consecuencia inevitable de la normalización de la eutanasia unida a la «racionalización» del gasto sanitario), la gestación mediante úteros artificiales o ectogénesis (que será creadora de huérfanos en serie), la manipulación genética de la descendencia para «mejorar» o crear una nueva especie o para nuevos «experimentos» (habiéndose ya logrado engendrar un niño con el genoma de tres personas distintas), los derechos «humanos» para los animales, el «matrimonio» interespecies con derecho de adopción, etc.

Son todas ellas «innovaciones» que han tomado por asalto la cultura contemporánea y que hermanan a los grandes poderes del capitalismo globalizado con los adalides del «anticapitalismo» o «progresismo»; a los detentadores del poder jurídico-político en los países «democráticos» con los tiranos más siniestros en los países autocráticos; a los ciudadanos de países de raíz atea con otros de raíz cristiana (entre ellos un buen número de católicos practicantes). ¿Cuál es el denominador común que hace coincidir en este nuevo escenario inhumano y aterrador proyectos tan (aparentemente) dispares? Lo adelantamos: una filosofía –una visión del mundo o cosmovisión– que la Iglesia católica ya identificó como perversa desde sus primeros siglos y que es conocida como gnosticismo.

Para llegar a este punto, la ONU y su sistema de órganos (en particular sus diversos Comités especializados en la protección de los tratados de derechos humanos), el Consejo de Europa y sus órganos (especialmente el Tribunal Europeo de Derechos Humanos), la Organización de Estados Americanos (con su Corte Interamericana de Derechos Humanos a la cabeza), que surgieron como garantes del Derecho Internacional de los derechos humanos y, por consiguiente, de la dignidad de la persona que amparaban, han

**Muchos creyentes caen en el gnosticismo cuando, confundiendo la acción del cristiano en el mundo basada en el amor con una acción guiada (solo) por la subjetividad de los «buenos sentimientos» (emotividad, buenismo), se sienten incapaces de reclamar (y de autoexigirse) verdadero respeto a la dignidad humana.**

torcido su trayectoria. Con el aplauso y respaldo de los gobiernos del mundo, con el apoyo de los grandes medios de comunicación de masas y de los magnates del moderno capitalismo, con el evidente éxtasis de progresismos de toda especie, respaldan y amparan ahora estas odiosas legislaciones que desconocen abiertamente esa dignidad. Sin embargo, para quienes hoy día encarnan esas instituciones (políticos, jueces, profesores, tecnócratas, intelectuales...) no hay asomo de mala conciencia sino, más bien, de orgullo: se trata de la «evolución» del concepto de dignidad, que, según dicen, se ha hecho «plural» para aceptar «la diferencia» a partir de la libertad. Se trata de una verdadera mutación del concepto de dignidad humana. Del trasvase de un concepto cristiano a otro gnóstico.

El gnosticismo es un pensamiento dualista que separa radicalmente espíritu y materia, considerándolas dos categorías ontológicas separadas. La materia no merece respeto por se pues carece de valor



Ectogénesis: cuando el científico suplanta al creador. Simulación gráfica por ordenador; pronto será realidad.



Para el cristiano, Dios sostiene la existencia del hombre (La tribulación del apóstol San Pedro, icono de Julia Stankova, 2005)

alguno. Por consiguiente, el espíritu puede utilizar la materia libremente para su goce hedonista (sin escrúpulo moral alguno), sea para despreciarla o destruirla (rechazando la sexualidad, la procreación y hasta el cuidado físico y la alimentación).

Aunque con raíces en corrientes de pensamiento previo (como el maniqueísmo), el gnosticismo del mundo antiguo y hasta la Edad Media fue teísta. Contemporáneo del cristianismo, logró injertarse en él, dando lugar en su seno a numerosas herejías, como el movimiento cátaro. Para esta vena «teísta» del gnosticismo, el espíritu se eleva (dignifica) mediante el acercamiento introspectivo a la divinidad que lo ha creado, pues, descubriéndola, la «incorpora» a su propio yo. De este modo, el ser es autónomo para salvarse a sí mismo mediante sus propias fuerzas de progresión espiritual, transformándose en un ser divinizado. Todo ello al margen de la materia,

del mundo, o incluso «en contra» de ella. Por otra parte, la divinidad que creó el espíritu (el alma) y a la que esta tiende no habría creado la materia: la materia es mala y el cuerpo una cárcel para el alma y fuente de todo mal; por ello, la materia debe ser la obra de otra divinidad malvada (el demiurgo).

En el seno de la Iglesia acecha todavía esta forma de gnosticismo cada vez que se piensa que a un fiel católico le basta con el conocimiento de Dios dando la espalda al mundo; que se puede dar culto a Dios –tener amistad con Dios– sin el amor a los hermanos, sin asumir seriamente la responsabilidad hacia ellos, en especial hacia los más débiles (no nacidos, enfermos, ancianos, niños... principales víctimas de los nuevos derechos), hacia los pobres y oprimidos (víctimas de otras prácticas inanes), sin el compromiso con sus angustias y sus luchas. Como si todo eso fuera «manchase las manos», «meterse en política». Como si el mundo no tuviera sentido o en él todo fuera tan inaccesible a nuestra comprensión y control que sólo cupiera «dejárselo a Dios». Desconocen que en la realidad están injertados el logos y el amor divinos que se reflejan en la Ley natural. Desconocen que el Señor nos está reclamando la lucha por el bien y la justicia aquí y ahora («bienaventurados...»).

No obstante, el gnosticismo moderno es en gran medida de matriz atea. Según esta vertiente, la dignidad o valor del espíritu es autofundada por el propio sujeto, cuyo espíritu o alma (su subjetividad o consciencia) emerge evolutivamente de la materia. Dios no es sino una proyección o fantasía (un epifenómeno) de la propia consciencia y debe volver allí de donde salió: la mente humana. Al hablar de Dios el hombre habla de sí mismo. Este espíritu es quien, a falta siquiera de una divinidad que fuera su creadora, impone su valor (dignidad) a sí mismo y después somete a la realidad.

Como en su antigua versión teísta, en el moderno gnosticismo puedo gozar de mi cuerpo, pero también maltratarlo o destruirlo, torcer la sexualidad en él impresa o transformarlo mediante mutilaciones para adaptarlo a la imagen que de él me haga. Tales conductas no son sino manifestaciones de ese espíritu superior a la materia, expresiones de su libertad. Y cualquiera de tales expresiones manifiesta con igual fidelidad (es cuestión de gustos) la dignidad

del espíritu. La dignidad humana, por consiguiente, equivale al despliegue sin trabas de esa libertad. La dignidad se convierte así en una forma de soberanía sobre la materia, sobre lo real, sobre todo lo que es ajeno a ese espíritu.

Al igual que el Barón de Münchhausen que, atrapado en el pantano, sólo puede salir del mismo «tirando de sus propios cabellos», el sujeto de los nuevos derechos, en ausencia de una fuente objetiva para la dignidad, debe construirla él mismo. La «dignidad» gnóstica es la obra individual y solipsista de cada sujeto. No obstante, mediante un nuevo acto soberano y contingente, cada uno de los sujetos de la comunidad política puede reconocer dignidad a sus conciudadanos. Pero el criterio para determinar el alcance del colectivo de sujetos que se autorreconocen recíprocamente dignidad (las “personas” o sujetos de derechos), carece, como esa misma dignidad, de objetividad: se basa en el subjetivismo (el gusto, el capricho, deseo) y en la voluntad, en el poder. De este modo, sin remordimiento ni contradicción, se puede negar esa dignidad y el estatuto de persona que conlleva, a los seres humanos en su estadio inicial (a aquellas células que con la transcripción de su código genético se convertirán en un niño y que, por tanto, ya son, ontológicamente, un ser humano: el embrión). Esta conclusión –el desprecio o minusvaloración selectiva de ciertos seres humanos– está en correspondencia con el gnosticismo clásico para el cual no todas las almas son iguales, puesto que van alcanzando diversos niveles de evolución o iluminación conforme se alejan de la materia: un cuerpo en que no ha surgido el pensamiento tiene, para esta forma de ver el mundo, un valor inferior.

Muchos creyentes caen en la esfera de esta modalidad de gnosticismo cuando, confundiendo la acción del cristiano en el mundo basada en el amor con una acción guiada (solo) por la subjetividad de los «buenos sentimientos» (emotividad, buenismo), se sienten incapaces de reclamar (y de autoexigirse) verdadero respeto a la dignidad humana de raíz sagrada tal como está reflejada en la Ley natural y recogida en la tradición de la Iglesia. Revelan así una mirada hacia el bien y el mal en el mundo deformada por las lentes de la subjetividad. Deformación que, a fin de cuentas, confluye con la del gnosticismo ateo que ve en la autoafirmación (incluso caprichosa) del yo la única fuente de dignidad y el único criterio moral.

El moderno pensamiento gnóstico no circunscribe

**Para el cristianismo toda la realidad, materia y espíritu, está cargada de sentido y de valor porque es obra de un Creador bueno. La realidad, tanto material como espiritual, es sagrada porque en ella reside siempre el logos, la razón del Creador y su amor.**

el poder conformador del espíritu al ámbito privado, sino que aspira a su proyección social, legislativa y educativa. Aspira a ser una propuesta social y a formar las conciencias de las nuevas generaciones. Considera «discriminatorio» y contrario a la dignidad humana cualquier intento de relegar una convicción o práctica al ámbito íntimo y personal. A pesar de que el anclaje jurídico de los nuevos derechos lo han realizado los tribunales de derechos humanos partiendo del derecho a la vida privada y a la intimidad, desde ahí los han proyectado hacia el campo social.

A falta de una naturaleza regida por la Ley natural, los derechos sólo pueden ser resultado del ejercicio del poder: el poder del Estado, mediante amenazas de sanción, genera deberes y estos, a su vez, abren un espacio a los derechos. Los derechos son, pues, secundarios a tales sanciones: el ámbito de poder que queda protegido por ellas, son meras conquistas, empoderamientos, apropiaciones de ámbitos de autonomía. Es la visión del positivismo jurídico. Se niega que una Ley natural o Derecho natural, previa o ajena al Estado y descubierta por el corazón y la razón de cada ser humano, imponga deberes no surgidos del miedo a la sanción, sino de la responsabilidad hacia la dignidad del otro, hacia el bien del otro, y, a su vez, reconozca derechos no surgidos del empoderamiento sino de la propia dignidad que reclama su realización.

La visión gnóstica del mundo es contraria al cristianismo. Para el cristianismo toda la realidad, materia y espíritu, está cargada de sentido y de valor porque es obra de un Creador bueno. La realidad, tanto material como espiritual, es sagrada porque en ella reside siempre el logos, la razón del Creador y su amor. La materia y el espíritu tienen sentido y están ordenadas a un fin último al margen de la consciencia que los sujetos puedan tener sobre esa verdad. En particular, el ser humano, al haber sido creado –en cuerpo y alma– a imagen y semejanza



Como el barón de Münchhausen, el hombre gnóstico trata de salir del pantano existencial tirando de su propia coleta (dibujo de Ingrid Hedbavny, 2014).

del Creador y como criatura amada por este y destinada a la dicha eterna, goza de una dignidad que no proviene de su autoconsciencia, ni de su voluntad, menos aún de su debilidad o fortaleza, sino del Creador mismo, del acto de amor que nos crea y nos sostiene como criaturas amadas.

Este mismo Dios se ha revelado. Se ha encarnado en la historia, se ha hecho carne y sangre, cuerpo y espíritu humanos en Cristo, verificando (haciendo verdad) el sentido y dignidad de lo humano. Y lo ha hecho siendo fiel a la voluntad de Dios, viviendo plenamente en el amor recibido, pero aceptando también el sufrimiento y la muerte, afrontando así el verdadero significado del amor que nos conduce a nuestro destino último, que es trascendente al propio mundo: la salvación y la dicha eterna. La gloria o salvación que el Señor nos muestra no proviene, por tanto, de una negación del propio cuerpo (o del mundo) y de sus limitaciones, ni de una superación transhumanista del mismo, sino de su despliegue y su desgaste en este mundo: en el amor al prójimo –en especial a los más débiles y a los más pobres–, con la esperanza de la salvación en la vida eterna por amor de Dios.

En la visión cristiana, la conducta recíproca entre personas está regida por la Ley natural y recogida en la tradición de la Iglesia. Para los cristianos, los derechos y deberes naturales (los verdaderos Derechos y Deberes Humanos) surgen del propio sentido

de lo sagrado impreso en lo real, en particular en el otro: su dignidad. La dignidad es, por tanto, aquella realidad sagrada del otro ante la que se inclina el deber natural. A su vez, esa responsabilidad arroja luz sobre un derecho: la exigencia o reclamo que el otro nos hace (no necesariamente con palabras, basta su mera presencia) o, mejor dicho, que el mismo Dios nos hace, con fundamento en su dignidad. He ahí el par derecho-deber (contenido de Ley natural o Derecho natural), trasfondo verdadero de las listas de derechos humanos redactadas entre los años 40 y 60 del siglo XX.

Los cristianos no podemos desentendernos de la Ley natural, y no podemos dejar de contestar a los nuevos derechos, que, objetivamente, dañan la dignidad sagrada de nuestros hermanos no nacidos, de los niños, de los enfermos, de los ancianos, los débiles y necesitados. No podemos caer en la trampa del gnosticismo teísta que ofrece una relación personal e intimista con Dios dando la espalda a los hermanos, pero tampoco en la trampa del gnosticismo ateo (abrazado por algunos creyentes) que afirma que la dignidad de cada sujeto reside en su libertad absoluta para determinarse y que, por tanto, debemos «respetar» esa determinación, aunque ello suponga dar la espalda a la Ley natural. Más pronto que tarde, nuestra omisión terminará por dañar cruelmente a los más débiles e inocentes. ●

**La gloria o salvación que el Señor nos muestra no proviene, por tanto, de una negación del propio cuerpo (o del mundo) y de sus limitaciones, ni de una superación transhumanista del mismo, sino de su despliegue y su desgaste en este mundo: en el amor al prójimo –en especial a los más débiles y a los más pobres.**

# Asaltando el cielo

## (movimientos gnósticos de masas)

Miguel Ángel Ruiz

*Como expone el artículo anterior, la concepción gnóstica del mundo y de los valores adquiere proyección política, social y jurídica en forma de unos nuevos derechos que se autoproclaman derechos humanos. En este artículo profundizamos en esta vertiente pública del gnosticismo que surge cuando el espíritu aspira no sólo a autoafirmarse más allá de toda restricción, sino a salvar a la humanidad, a transformar la realidad en su conjunto para construir el cielo en la tierra. Sin embargo, al no contar con la Ley natural que lo limite, se siente legitimado para tomarlo por asalto.*

**A** la génesis de los tratados de derechos humanos – hoy en proceso de vaciamiento – contribuyeron pensadores cristianos que, como Jacques Maritain, eran conscientes de la existencia de una Ley natural. Pero no todos los que participaron en su elaboración compartían esa visión. Muchos (y no sólo los países comunistas) suscribieron los tratados porque el lenguaje ambiguo que ellos mismos se encargaron de introducir permitiría ir dando cabida a su visión gnóstica (desacralizada) de la realidad. Y estaban en lo cierto, tal como ha demostrado la evolución de las posiciones de los órganos de aplicación de dichos tratados.

Estos órganos han reinterpretado los textos, vaciando los tratados que contienen el Derecho Internacional de derechos humanos de la Ley natural que los sustentaba y vertiendo en ellos un buen número de reivindicaciones opuestas a la dignidad de la persona. Han travestido de este modo el significado originario del término «derechos humanos» (como derechos sagrados de la persona), aunque

adueñándose de su prestigio para adornar de autoridad moral lo que no es ya sino pura autoafirmación del ser (voluntad de poder). Como señala Gregor Puppink «los nuevos derechos humanos no solo son nihilistas, son también narcisistas y violentos [...], tienen menos de libertades que de poderes que se pretenden absolutos sobre la vida. Por detrás de estas libertades sigue estando la voluntad de poder que se afirma a costa de los más débiles, si fuera necesario». Lo cierto es que la cosmovisión gnóstica que hay detrás de esta evolución estaba ya presente al redactarse dichos tratados, venía de mucho antes y ha dejado de impregnar la sociedad.

El pensador alemán Eric Voegelin (1901-1985) llamó «movimientos gnósticos de masas» a una serie de corrientes de pensamiento y praxis entre las que incluye el progresismo (desde la Ilustración), el positivismo, el psicoanálisis, el comunismo, el fascismo, el nacionalsocialismo y, en general, a todo activismo revolucionario y «utópico». Su calificativo «movimiento

de masas» alude a esa voluntad de estos gnosticismos para impregnar la realidad social, política y cultural (espiritual) de una sociedad al ofrecerse a ella como un proyecto colectivo. Para Voegelin, estos movimientos compartirían una concepción gnóstica de la realidad expresada en una serie de rasgos.

En primer lugar, la concepción de que el mundo es intrínsecamente imperfecto: no es que se vuelva imperfecto por decisiones moralmente erradas de los hombres, que lo alejan del bien posible (pecado), sino que es imperfecto por causa de una disfunción intrínseca al propio ser del mundo. En segundo lugar, la convicción de que la imperfección del mundo puede desaparecer mediante un proceso histórico de cambio que está única y exclusivamente en manos de la propia humanidad (ajeno, pues, a la Gracia). Finalmente, la consideración de que es tarea del espíritu (el sujeto consciente) adquirir por sus propias fuerzas el conocimiento o gnosis (al margen de la conversión) que le permita diseñar el cambio estructural necesario para transformar el mundo imperfecto en otro perfecto (y no para hacerlo alcanzar la consumación a la que está destinado): una «nueva creación», atea, por supuesto.

En realidad, hay que precisar que estos rasgos más que a un puro gnosticismo responden a una amalgama de gnosticismo y pelagianismo. Después de todo, se trata corrientes muy vinculadas entre sí, pues el conocimiento con



el que se trasciende la materia y con el que el sujeto se plenifica y alcanza por sí mismo la «iluminación» (conocimiento como gnosis), se proyecta en seguida a una acción prometeica que aspira a ser transformadora de lo real, a llevar el mundo a una perfección inmanente (el cielo en la tierra).

Voegelin considera que estos movimientos toman la aspiración a la perfección del cristianismo (santidad) pero suprimen su trascendencia (al prescindir de la vida eterna: salvación o gloria) para volverse inmanentes: la perfección puede ser accesible en este mundo y con los recursos de este mundo. Se identifica tal perfección con diversas utopías o ideales: la sociedad sin clases ni explotación (marxismo); la liberación de la enfermedad, la pobreza y el trabajo alienado (positivismo); la liberación de las distintas formas de ansiedad (psicoanálisis), etc. El proceso de cambio es también diverso, pero implica en todo caso el perfeccionamiento del sujeto a través del conocimiento (gnosis): el avance de la razón (ilustración o progresismo) o de la ciencia (positivismo), la liberación de la alienación y el surgimiento de la conciencia de clase (marxismo)... Y todo por obra de una superación del espíritu: el «hombre ilustrado» (progresismo), el «hombre positivista», el «superhombre comunista»..., que terminan por suplantar a Dios en su función de procurar la perfección y la felicidad al ser creado.

Para Voegelin, «el gnosticismo es un deseo de dominio sobre “el ser” [la realidad] y para lograr ese dominio el gnóstico construye su sistema» de tal modo que «el deseo de poder del hombre gnóstico que quiere dominar el mundo, triunfa sobre la humilde subordinación

al orden constitutivo del ser» y, de este modo, falsea la realidad, omitiendo de ella (consciente o inconscientemente) aquellos elementos que desnudarían lo ilusorio de sus propuestas prometeicas. Su «realidad» es una «realidad segunda» (inventada y sobrepuesta a la verdadera –única– realidad). Lo que llamamos una «ideología», al menos en una de las acepciones –no la más noble, por cierto– de esa palabra. Si el proyecto gnóstico, pese a sus errores y fracasos, sigue adelante, es porque –en el fondo– es un intento desesperado de huida hacia adelante, una autoafirmación del ser que se ha apartado de la trascendencia y busca un lugar a donde ir.

Muchos de estos proyectos históricos ya defendieron en su día el aborto y la eutanasia, la selección de la especie mediante el control de la reproducción, negando con ello la dignidad a discapacitados y los débiles (los «degenerados», las «razas inferiores»); negaron la igual dignidad de todos al otorgar un estatuto ciudadano disminuido a los disidentes, patologizando su oposición. En las sociedades que llegaron a dominar crearon diferencias abismales entre las personas («los miembros del partido» frente a «los enemigos del pueblo») y practicaron en sus proyectos revolucionarios un enorme desdén por las vidas y los sufrimientos de millones de personas, especialmente de los más débiles y los pobres.

La cosmovisión capitalista comparte los rasgos de una visión gnóstica/pelagiana y es, por ello, un movimiento de la índole de los descubiertos por el pensador alemán. El capitalismo parte de una «realidad segunda» (una ideología) que deforma la realidad primera (la verdad) para legitimar la

necesidad del sistema. Según ella, en un mundo de escasez y miseria, el genio y esfuerzo de un grupo de espíritu selectos, los emprendedores, es capaz de establecer un sistema de producción (basado en la acumulación, la inversión y la innovación) generando la riqueza y bienestar que progresivamente se va repartiendo a toda la sociedad.

Para la construcción de esta «realidad segunda», el capitalismo cuenta con un grupo especializado de expertos, los economistas, y con la connivencia de los medios de comunicación. Se llega a reconocer que el sistema genera desigualdades (¡y qué desigualdades!), pero ello es, se dice conforme a su «realidad segunda», por una parte, algo transitorio (hasta la gran distribución: la utopía capitalista) y, por otra parte, algo inevitable, porque el mundo «es como es» (malo): el hombre es *homo economicus* y sin el incentivo del beneficio no trabaja, no innova, no arriesga... En tercer lugar, todos pueden acceder mediante la «movilidad social» y la «libre competencia en el mercado» al estado al que ya han llegado otros espíritus más evolucionados (los emprendedores capitalistas de éxito).

Pero para alcanzar esa utopía, el capitalismo afronta la realidad (la materia) sin respeto alguno hacia ella, trátase de la naturaleza no humana (explotación de recursos) o de la propiamente humana (el propio cuerpo de los obreros). Para el capitalismo (como para todo gnosticismo) la realidad no es sagrada y la materia puede ser tratada como un mero «factor de producción». Karl Polanyi (1886-1964) observaba que la economía capitalista tiene como elemento conceptual fundante la desacralización de los vínculos de

la persona con la tierra y con el producto. En la economía agraria y artesanal el agricultor establecía con la tierra y el artesano con la materia y el producto, un vínculo no basado en el afán de lucro y en la explotación, sino en la vocación y en la generosidad del creador. Con el capitalismo, tierra y producto se mercantilizan y monetizan para facilitar la acumulación y la usura (extracción de riqueza monetaria sin aportar trabajo). El propio trabajador se desacraliza y se convierte en objeto –factor productivo–, en mercancía que se alquila (salario). Lo importante es, sin embargo, que el espíritu, donde reside la dignidad, sea libre para prosperar (si se esfuerza lo bastante y ahorra), adelantando así un bienestar que, ineludiblemente, llegará tarde o temprano a todos.

La élite empresarial (la burguesía) crea, a su vez, un Derecho basado en el poder (conquistado en las revoluciones burguesas del siglo XVIII). Se reconoce a los trabajadores un abstracto poder de determinarse libremente, pero, entre tanto, deben seguir pagando con su sangre el progreso de la economía. Se trata de una paradoja de claro sabor gnóstico: el reconocimiento de valor a lo espiritual, pero el desprecio a lo material. En efecto, el poder otorgado a la clase subordinada se reduce a una libertad e igualdad abstractas. Cierto que la evolución de la sociedad capitalista terminó por reconocer derechos de participación política a los trabajadores, pero sólo una vez el proceso histórico de conso-

lidación del poder económico hizo imposible la vuelta atrás. Hasta ese momento, los derechos de voto fueron retenidos por las clases pudientes (sufragio censitario) hasta haber asfixiado toda capacidad de la clase obrera para plantear una alternativa (represión primero, concertación después), al tiempo que se perfeccionaban los métodos de manipulación de masas (luego utilizados para implantar los «nuevos derechos humanos»). En esto se asienta la democracia llamada «formal».

Tampoco se puede olvidar un elemento clave para la legitimación del capitalismo: el papel otorgado a la ciencia y la técnica. La ciencia potencia la desacralización de la realidad al convertirse en cientifismo, según el cual cualquier ámbito que la ciencia haga objeto de su estudio (con sus limitados medios cuantitativos) queda desacralizado. Toda pretensión de trascendencia (de amor, de gracia, de salvación) queda relegada como superstición. El darwinismo social y el eugenismo son hijos de dicho cientifismo y precursores también de la nefasta evolución de los derechos humanos.

Lógicamente, los actores económicos que explotan a la naturaleza y la persona a partes iguales para acumular riqueza y poder han abrazado los nuevos derechos no sólo por su coherencia intrínseca con sus formas de vida sino porque producen para ellos una sinergia muy beneficiosa: los nuevos derechos favorecen el exterminio de los pobres (aborto) en los países

empobrecidos (siempre han sido un riesgo para las inversiones, pues contienen un germen desestabilizador y un potencial revolucionario); ahorran recursos productivos a los gobiernos (a través de la eliminación de ancianos y enfermos), devolviéndolos al mercado, y, sobre todo, desactivan la solidaridad social y la capacidad de lucha por la justicia. En este último sentido, los nuevos derechos no sólo desvían los deseos y aspiraciones de los ciudadanos hacia un ensimismamiento absurdo en la experimentación de nuevas identidades y sexualidades, de placeres y empoderamientos literalmente sin fin, sino que, sobre todo, olvidan su verdadera fuerza (la solidaridad) y decaen en sus reclamaciones de justicia social más elementales. A un nivel más profundo, se agosta la fuente de la fraternidad y de lucha por el bien común: la familia de derecho natural. Finalmente, los nuevos derechos se convierten en ariete contra la Iglesia en la que ven –con razón– un formidable enemigo.

La colusión entre el capitalismo globalista y la actual izquierda neomarxista o progresista prueba que existe también entre ambas un punto de conexión, que no es otro que el gnosticismo, que está en la base ideológica profunda de ambas corrientes. En una, el espíritu superior típico del gnosticismo se simboliza en el magnate o líder de la industria; en la otra, el espíritu superior está representado por el líder revolucionario (o contestatario) que, si bien afirma en su discurso enfrentarse a todas las fuerzas opresoras y dice querer liberar de ellas a la «persona» (su utopía), termina por limitarse a liberaciones sexuales y sociológicas, identificando a esos opresores con la familia tradicional y la Iglesia católica o con fantasmagóricas

**...tras el gnosticismo/pelagianismo subyace la profunda tendencia humana al pecado que acecha tras nuestra libertad: la vieja aspiración a «ser como dioses», a «comer del árbol prohibido del bien y del mal».**



Prometeo asalta el cielo y roba el fuego a los dioses.

estructuras como el heteropatriarcado, al tiempo que de las personas pretendidamente «liberadas» quedan excluidos los no nacidos, los enfermos, los débiles y, por supuesto, los pobres. Curiosamente, estos movimientos contestatarios encuentran financiación y apoyo en las estructuras de opresión que «denuncian» y no sólo en sus ramas mediáticas, sino también en la «cultura empresarial» de los conglomerados industriales y financieros, comprometidos expresamente con las distintas «agendas» de cambio social. No es cierto, como ciertos sectores conservadores –incluso católicos– pretenden difundir, que estas corrientes «contestatarias» sean la fuente del gnosticismo contemporáneo. La formulación concreta puede ser suya, pero sólo por que las estructuras políticas subordinadas al capitalismo globalista han «subcontratado» (o consentido)

su elaboración.

Otra confluencia es explicada por el gnosticismo de masas: la democracia liberal se aproxima a las dictaduras autocráticas. Vemos esta aproximación en el silenciamiento totalitario que se impone en las «democracias» a quienes defienden la existencia de la Ley natural, la vida humana desde la concepción hasta la muerte natural o el derecho de los niños a ser educados por su padre y madre genéticos o, en su defecto, por una padre y una madre de adopción. La represión ha adoptado, hasta ahora, la forma jurídica de la sanción administrativa (multas, cierre de medios de comunicación, de escuelas o de agencias de adopción) o laboral (despido), pero pronto (ya hay leyes en vigor, bastará que se apliquen) lo hará en su forma penal (privación de libertad y de patrimonio). Una forma aún más

macabra de totalitarismo (practicada tradicionalmente por los Estados autocráticos más siniestros) es la patologización del disidente. Esto acontece, por ejemplo, calificando de homofóbico a todo aquel que declara que la homosexualidad no es una práctica moralmente legítima según la Ley natural. ¿Serán enviados estos disidentes a campos de reeducación al modo estalinista o maoísta? ¿o bastará con privarlos de su patrimonio y su profesión o medio de vida? Por otra parte, la objeción de conciencia no será panacea alguna: permitirá, en el mejor de los casos, que los disidentes puedan retirarse del campo de batalla y tratar de pasar desapercibidos, pero toda conducta realmente combativa será duramente reprimida. Citando de nuevo a Puppink: «La crítica al aborto o a la homosexualidad se tolera, ciertamente, todavía, pero la cuerda ya acaricia el cuello de los herejes».

En la misma deriva, a nadie sorprenden ya las prácticas antidemocráticas: desde el poder y con los recursos del Estado se promocionan concepciones degradadas de la persona con una ingeniería social y propagandística típica de las tiranías (contando, por supuesto, con la colusión de los medios de comunicación –propiedad de multinacionales–), preparando el terreno a leyes que, de ser rechazadas, se presentarán una y otra vez (por vía parlamentaria o sometiénolas a referéndum) hasta que las técnicas de manipulación de masas hayan conseguido su objetivo. Simultáneamente, las instituciones internacionales, al margen de sus competencias (y, por tanto, ilegalmente), tratan de influir en los asuntos internos de los Estados cuando rechazan sus agendas. Los tribunales internacionales de derechos humanos

realizan interpretaciones «evolutivas» y «creativas» de los derechos en contra de lo previsto inicialmente, convirtiéndose así en legisladores y pisoteando la división de poderes: pareciera que estos jueces se sienten parte de esa élite de espíritus iluminados y quieren con sus sentencias no tanto aplicar la norma que se comprometieron a aplicar como imponer una nueva moral de origen gnóstico que consideran superior y salvífica.

Como una hidra, el pensamiento gnóstico/pelagiano tiene muchas cabezas. Algunas de ellas dentro de la propia Iglesia católica. Muestra de ello es la adhesión a algunas de las manifestaciones que hemos mencionado por parte de laicos, órdenes religiosas o medios

de comunicación católicos. Tenemos presente, por ejemplo, su suscripción entusiasta de los Objetivos de Desarrollo Sostenibles y de la agenda 2030 (con su carga de control de natalidad e ideología de género); o su también entusiasta adhesión a los eslóganes «revolucionarios» del progresismo que avalan como grandes conquistas los nuevos derechos humanos.

Sobre todo, no nos conviene olvidar, a los que somos parte de la Iglesia, que tras el gnosticismo/pelagianismo subyace la profunda tendencia humana al pecado que acecha tras nuestra libertad: la vieja aspiración a «ser como dioses», a «comer del árbol prohibido del bien y del mal», como tentaba la serpiente en el paraíso terrenal.

Caemos en ella cada vez que, como creyentes, nos envanecemos como poseedores de una verdad sagrada sobre el mundo, pero sin dejarnos antes interpelar por el corazón de Jesús y aspirar permanentemente a la conversión; cada vez que pretendemos comprender el sufrimiento, pero alejándonos de los que sufren; cada vez que nos obcecamos en transformar el mundo mediante nuestra orgullosa acción prometeica, pero sin contar con la Gracia de Dios; cada vez que queremos quemar la cizaña olvidando que solo el dueño del campo puede hacerlo; cada vez que confundimos la confianza y el deseo de avances históricos concretos –por legítimos que sean–, con la esperanza teológica de salvación escatológica. ●

## SUSCRIPCIÓN Ediciones "VOZ DE LOS SIN VOZ"



Nombre .....  
 DNI ..... e-mail.....  
 C/ ..... nº ..... piso.....  
 Localidad ..... Provincia ..... CP.....  
 Tlf fijo ..... Tlf móvil .....

Deseo suscribirme a las Ediciones  
 "Voz de los sin Voz" en la modalidad de:

- **AUTOGESTIÓN** (revista bimestral)
  - como COLABORADOR (10 envíos) 12 € / 2 años
  - como AMIGO 24 € / 2 años  
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **AUTOGESTIÓN + LIBROS** (5 revistas + 5 libros)
  - como COLABORADOR 15 € / 1 año
  - como AMIGO 30 € / 1 año  
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **ID y EVANGELIZAD** (revista bimestral)
  - como COLABORADOR (10 envíos) 12 € / 2 años
  - como AMIGO 24 € / 2 años  
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **ID y EVANGELIZAD + LIBROS**  
(5 revistas + 5 libros de espiritualidad o teología)
  - como COLABORADOR 15 € / 1 año
  - como AMIGO 30 € / 1 año  
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)

### ORDEN de DOMICILIACIÓN BANCARIA

Muy sres míos:

Con cargo a mi cuenta y hasta nuevo aviso, atiendan la presente orden de domiciliación de los recibos que presente el Movimiento Cultural Cristiano.

IBAN ENTIDAD OFICINA D.C. NÚMERO DE CUENTA  
 ES

Titular de cuenta:	
DNI:	Firma:
Fecha:.....	

### Ediciones "Voz de los sin Voz"

Avda. Monforte de Lemos 162.- 28029 MADRID.-  
 Tlf-Fax: 91/ 373 40 86  
 email: administracion@solidaridad.net

# La puerta de atrás del gnosticismo

Carlos Ruiz

*El gnosticismo está depredando la fe cristiana; siempre lo ha intentado, pero nunca había avanzado tanto como en nuestro tiempo. La puerta de entrada para su conquista no ha sido la discusión racional ni ética, sino el emotivismo y la terapéutica, rasgos definitorios de la cultura actual y también de la mayoría de los ambientes cristianos. Por eso, es imprescindible conocer esta «puerta de atrás» por la que el enemigo trata de apoderarse de nuestra Casa. En este artículo presentamos las reflexiones de algunos críticos con lo que han llamado el sistema DMT: la nueva pseudoreligión sentimentaloides que está reemplazando en muchos cristianos a su verdadera fe.*

## I. El DMT y el sentimentalismo terapéutico

**E**n 2005, los sociólogos Christian Smith y Melinda Lundquist Denton, estudiaron la vida espiritual y religiosa de los adolescentes estadounidenses y la reflejaron en su obra *En busca del alma (Soul Searching)*. Los resultados mostraron que la mayoría de los adolescentes profesaban una pseudoreligión sentimentaloides que denominaron «deísmo moralista terapéutico» (DMT). Este es su credo: (1) Existe un Dios que creó y ordenó el cosmos y que vela por la vida del hombre en la tierra; (2) Dios quiere que la gente sea buena, amable y justa con los demás, como la Biblia y la mayoría de las religiones enseñan; (3) El principal objetivo de la vida es ser feliz y sentirnos bien con nosotros mismos; (4) Basta con que acudamos a Dios cuando tenemos problemas, el resto del tiempo no es necesario contar con él; (5) La gente buena va al cielo cuando muere.

Según Smith y Denton, el deísmo terapéutico se ha colado en la Iglesia católica y en las demás confesiones cristianas como una especie invasora, destruyendo el cristianismo bíblico desde dentro y reemplazándolo con un pseudocristianismo «conectado de un modo muy débil con la tradición cristiana verdadera». Representa el rostro más conocido de un nuevo gnosticismo disolvente de la fe.

En muchas parroquias y diócesis, en demasiadas homilias y catequesis, se ofrecen consejos, prácticas y cursos que son clones de las miles de ofertas

que publicita la cultura terapéutica predominante. En muchos ambientes cristianos casi no se habla de redención, sacrificio, pecado, cruz-resurrección de la carne, muerte, cielo, infierno, purgatorio, cuerpo místico, intercesión de los santos... palabras-realidades preñadas de significado que han sido sustituidas por el lenguaje mundano de sentirse bien, aceptarse, amarse y perdonarse a uno mismo, tolerancia, diversidad, empoderamiento, armonía interior... Las pocas librerías religiosas que quedan son un síntoma evidente de

esta decadencia: apenas distribuyen libros clásicos del cristianismo (Santos Padres, vidas de santos, místicos, teólogos serios...), pero están infectadas de libros de autoayuda, superación, parábolas, visiones psicologizantes...

El fenómeno es ubicuo en nuestras sociedades. No es solo el DMT. Es un fenómeno general que podemos denominar sentimentalismo terapéutico. En este sentido, las redes sociales tienen un papel preponderante, pero también se muestra en la forma obsesiva en que se hace deporte y en la fijación con la salud.

El sociólogo James Nolan, de la Universidad de West Virginia, ha destacado los siguientes rasgos de esta cultura sentimentaloides y terapéutica: (1) se muestra una enorme preocupación por el yo individual; (2) se otorga grandísima importancia a las emociones para dar sentido a uno mismo y hallar su lugar en el mundo; (3) surge una nueva clase de consejeros, psicólogos y terapeutas que han sido reconocidos socialmente como los más calificados para guiar al yo cargado de emociones a través de las complejidades de la vida social moderna; (4) se reinterpretan los comportamientos a través de la heurística de las patologías: todo es producto de una adicción, trastorno o disfunción; (5) gana preponderancia cultural el «lenguaje del victimismo».

La historiadora de la Universidad de Syracuse (EE. UU) Elisabeth Lasch-Quinn, eleva a dieciséis

los rasgos de esta cultura: (1) el yo como la máxima prioridad; (2) las relaciones interpersonales como instrumentos de ese fin; (3) la búsqueda del yo en proyectos de interés personal; (4) autoexpresión sin inhibiciones; (5) relaciones manipuladoras con los demás y con uno mismo; (6) adopción de un punto de vista «exterior» sobre el yo, como si se viera a través de los ojos de los demás; (7) predominio del paradigma de la salud como base de la autoevaluación; (8) un modelo funcionalista físico y psicológico de salud (la salud como la capacidad de funcionar dentro de un orden social incuestionable); (9) la psicología como aparato explicativo; (10) orientación hacia procesos y soluciones programáticas; (11) ingeniería social; (12) monopolio de la experiencia profesional sobre las habilidades para la vida; (13) vaivén entre dependencia e independencia en lugar de interdependencia; (14) ubicuidad de la máxima de no juzgar moralmente; (15) desprivatización de la vida personal; (16) vivencia de un nivel enrarecido de autoconciencia; y (17) la ausencia de un compromiso trascendente más allá del individuo.

## 2. Consecuencias para la persona y el bien común

Uno de los mejores filósofos de nuestro tiempo, el escocés Alasdair MacIntyre, explica que la base de nuestra cultura es el emotivismo (diferente a la emoción, como veremos) y, vinculado a él, la falsa terapéutica que le sigue. En su libro de 1981, *After Virtue* –Tras la virtud–, MacIntyre manifiesta que para responder a las preguntas que los humanos tenemos sobre nuestros propósitos y existencias se necesita algún tipo de marco moral coherente que manifieste el sentido de *telos* o meta. En su interpretación, lo que tenemos ahora equivale a poco más que un conjunto de fragmentos que hemos heredado de varios sistemas pasados. Carecemos de la capacidad básica para comunicarnos sobre temas de interés porque no tenemos un «lenguaje moral» o una base acordada para el «razonamiento moral».

En opinión de MacIntyre, lo más cercano que tenemos es el «emotivismo», que se reduce a apelar a la preferencia personal como la única base de juicio. En este marco no hay base para resolver los desacuerdos, ya que cada parte tiene derecho a su opinión, como se dice ya como lugar común. Ningún individuo puede apelar a un fundamento de juicio compartido con otros. Así, en lugar de articular razones para intentar persuadir a los otros, el único recurso es la manipulación de los sentimientos de otras personas. «¿Cuál es la clave del aspecto social del emotivismo?», pregunta

MacIntyre, y responde: «la eliminación de cualquier distinción genuina entre relaciones sociales manipuladoras y no manipuladoras».

En un sentido similar, el sociólogo estadounidense Philip Rieff, en su clásico de 1966 *El triunfo de lo terapéutico: usos de la fe después de Freud*, explica el surgimiento del «hombre psicológico» y el reemplazo de los compromisos compartidos de las comunidades religiosas tradicionales por la búsqueda de la realización individual, la libertad personal y la «liberación de impulsos». En opinión de Rieff, la cultura brinda a las personas un medio para controlar la variedad infinita de pánico y vacío al que están inclinadas». En forma de libros, música y amor, por ejemplo, la cultura «devuelve mejor» lo que se ha llevado al reprimir el impulso y reprimir ciertas emociones o, al menos, limitar su expresión. Lo que infunde a las personas la motivación para aceptar límites a sus deseos y comportamientos es algún tipo de referente trascendente, un compromiso colectivo superior al yo que se considera sagrado. En ausencia de tal marco de significado, los individuos tienen la apariencia de ser libres, pero de hecho están inundados de ansiedad, desconexión y «enfermedad». Esto explica, según Rieff, el predominio del «hombre psicológico» y de la cultura terapéutica (incluso dentro de la propia Iglesia), que son soluciones erróneas y de consecuencias catastróficas porque no van a la raíz del problema, sino que lo agravan. Pero, al capitalismo le ha venido de maravilla: por eso, ha convertido a las terapias modernas en un círculo vicioso, una industria de miles de millones de dólares que lo ha invadido todo.

Lo que está en juego es más grave de lo que parece. En el ocio, el entretenimiento y las preferencias personales parecen inocuas y, en política, incluso saludables, pues se considera que el derecho del individuo o del grupo a disentir constituye el fundamento de nuestra libertad. Pero sin referencia a principios compartidos y a controles y equilibrios básicos para algunas formas y grados de autoafirmación, como la agresión y los impulsos antisociales, el emotivismo puede provocar la erosión de esos mismos derechos y libertades. Sin bases sólidas para nuestros principios

**Carecemos de la capacidad básica para comunicarnos sobre temas de interés porque no tenemos un «lenguaje moral» o una base acordada para el «razonamiento moral».**

más elevados, las apelaciones a la justicia, la verdad y la humanidad pueden dar paso a afirmaciones de poder y deseo puros por parte de unos pocos. Las técnicas de manipulación de los sentimientos encuentran aquí un terreno abonado.

Para Rieff, un marco moral incoherente más allá de los deseos y las necesidades individuales significa que faltan los requisitos mismos de una cultura: cualquier sentido compartido de que algo es sagrado. En ausencia de un sentido de propósito comunitario que haga que nuestros esfuerzos por frenar la autogratificación sean comprensibles y manejables como pautas de comportamiento, sobreviene el caos cultural. El yo no amarrado se queda con poco en la vida para continuar, aparte de los sentimientos fácilmente manipulables. Al allanar el camino para la inestabilidad política y personal, tales condiciones invitan a la manipulación política y a un sentido crónico de insulto, ofensa y falta de respeto que amenaza la felicidad comunitaria e individual.

El espíritu terapéutico resultante impregna la vida de las personas de una manera casi invisible. Es una forma de pensar que exagera la autocosificación (la visión del yo como un problema a resolver o algo sobre lo que se debe actuar), la cosificación de los demás (la visión de los demás como instrumentos en los propios proyectos del yo) y la autoalienación (la opinión de que el yo carece de los recursos para comprender y desarrollar enfoques eficaces ante las circunstancias externas).

Estas características de la cultura terapéutica, su forma de autoperpetuación y sus costos finales pueden resumirse como una pérdida de interioridad. La falta de interioridad como fuente de regeneración personal y colectiva priva a los individuos de la capacidad de oponer resistencia. Por lo tanto, lo terapéutico significa una burla sistemática de la propia capacidad del individuo para ser responsable de su vida.



Práctica de yoga en el templo (católico) de San Francisco Javier, en la ciudad de Nueva York.

### 3. Crisis de encarnación

La cultura terapéutica opera de acuerdo con un concepto del yo que se heredó de la Ilustración secular y la Revolución científica. La cultura terapéutica sostiene la suposición subyacente de que existe un yo físico separado de las facultades que componen la persona humana. La idea de que un individuo se divide entre la mente y el cuerpo, arraigada en las ideas de René Descartes del siglo XVII, da lugar a la cosificación de nuestras dimensiones (corporal, espiritual, intelectual) y, de esta manera, cada una –por separado– se vuelven incomprensibles y (falsamente) enemigas

El filósofo turco Ilham Dilman, en su libro de 1987, *Love and Human Separateness (Amor y separación)*, afirma que el yo cartesiano subraya la idea de que el individuo moderno está inherentemente aislado de los demás. Incluso antes de su separación de los demás, el yo ya está separado de sí mismo. La mente ve al cuerpo como un extraño, como una entidad sobre la que debe ejercer control para que sirva a los deseos de la mente. Este punto de vista equipara el yo con la mente. De esta separación surge también la separación del yo individual con el yo de los demás. En las interacciones subsiguientes con los demás, el individuo no puede conocer a los demás porque nuestros pensamientos y sentimientos están adentro, por lo tanto, ocultos a los demás. Para Descartes, debido a que no podemos conocer a otras personas, no tenemos ninguna evidencia real de su existencia. Porque son mentes y sus mentes están cerradas para nosotros.

Esta división mente/cuerpo subyace a la crisis de la encarnación moderna. Podemos verlo en el individualismo moderno. Hace que todo sea relativo en el mundo, todo lo que está fuera del yo sea subjetivo y poco confiable; socava la noción de que cualquier entendimiento compartido puede surgir entre las personas. Solo podemos deducir la existencia de otros por inferencia, por analogía con nosotros.

Esta es una guerra tanto exterior como interior. La guerra externa hobbesiana de todos contra todos se ha movido hacia adentro. La mayoría de las encuestas muestran una insatisfacción con los propios cuerpos. En la pasada década, la disforia se disparó entre adolescentes británicos un 4,4 %. La crisis de la encarnación se manifiesta en la frecuencia con la que las personas recurren a todo, desde operaciones electivas hasta las llamadas drogas de mejora o rendimiento, pero tales esfuerzos palidecen al lado de

**Alejado de la realidad, que es sólo una (formada por espíritu y materia, por el yo, pero también por el tú, por lo inmanente al mundo, pero también por lo trascendente a él) el gnóstico no puede descubrir el sentido profundo y sagrado del mundo creado.**

las epidemias de trastornos alimentarios, adicción y autolesiones. Los especialistas en marketing sin escrúpulos aprovechan la ansiedad que, como seres limitados, podemos tener acerca de nuestros defectos naturales y de lo incompleto que es parte de la condición humana. Los ideales sobre cómo pensar en uno mismo, los que faltan en la discusión moral, reaparecen en forma de mensajes retorcidos y truncados en los anuncios. Muchas personas se miran a sí mismas desde el punto de vista de un extraño crítico e incluso cruel.

### 4. El cristianismo como antídoto al gnosticismo

Tanto el sentimentalismo terapéutico como su versión teísta, el deísmo moralista terapéutico, son modernas manifestaciones del gnosticismo clásico, cuya visión dualista del mundo separa cuerpo y alma (materia y espíritu), situando todo valor en el segundo elemento, por su posibilidades de perfeccionarse (en su caso acercándose a Dios –pero, en el fondo, sin Dios–), y considerando el segundo elemento como mero objeto. Es un gnosticismo de nuevo cuño en el que el proceso de iluminación mediante la gnosis o conocimiento se ve sustituido por una autoafirmación de las propias fuerzas psíquicas auxiliadas por las ciencias o pseudociencias (y los poderes que las manipulan) y que se proyectan en una voluntad de dominio sobre el cuerpo, en un deseo de perfección inalcanzable.

Alejado de la realidad, que es sólo una (formada por espíritu y materia, por el yo, pero también por el tú, por lo inmanente al mundo, pero también por lo trascendente a él) el gnóstico no puede descubrir el sentido profundo y sagrado del mundo creado, la revelación de Dios en la historia y su encarnación, ni su presencia íntima en nosotros y en los demás, en especial con los más pobres, con los que nos religa, sanándonos con su abrazo paternal.●



# El Dios cristiano: razón y amor

Benedicto XVI

*El Dios cristiano, razón y amor, nos permite situarnos ante la realidad por él creada como sus criaturas amadas y así contemplar, con humildad y esperanza, su objetividad y su pleno sentido. Como hemos visto en los artículos anteriores, nada más lejos del mirar gnóstico hecho de pura subjetividad e irracionalidad y abocado, por tanto, a la futilidad o a la megalomanía. Sobre este Dios, logos y caridad, ha escrito mucho el papa emérito para abordar el que ha sido un tema clave en su reflexión teológica desde sus inicios: el diálogo entre fe y razón. Aportamos, para culminar nuestra sección de análisis, un extracto del famoso discurso de Ratisbona, impartido el 12 de septiembre de 2006 en la universidad de la que fue catedrático.*

**P**ara mí es un momento emocionante encontrarme de nuevo en la universidad y poder impartir una vez más una lección magistral. Me hace pensar en aquellos años en los que, tras un hermoso período en el Instituto Superior de Freising, inicié mi actividad como profesor en la universidad de Bonn. [...] La universidad se sentía orgullosa de sus dos facultades teológicas. Estaba claro que también ellas, interrogándose sobre la racionalidad de la fe, realizaban un trabajo que forma parte necesariamente del conjunto de la *Universitas scientiarum*, aunque no todos puedan compartir la fe, a cuya correlación con la razón común se dedican los teólogos. Esta cohesión interior en el cosmos de la razón no se alteró ni siquiera cuando, en cierta ocasión, se supo que uno de los profesores había dicho que en nuestra universidad había algo extraño: dos facultades que se ocupaban de algo que no existía: Dios. En el conjunto de la universidad estaba fuera de discusión que, incluso ante un escepticismo tan radical, seguía siendo necesario y razonable

interrogarse sobre Dios por medio de la razón y que esto debía hacerse en el contexto de la tradición de la fe cristiana.

Recordé todo esto recientemente cuando leí la parte, publicada por el profesor Theodore Khoury (Münster), del diálogo que el docto emperador bizantino Manuel II Paleólogo, tal vez en los cuarteles de invierno del año 1391 en Ankara, mantuvo con un persa culto sobre el cristianismo y el islam, y sobre la verdad de ambos. Probablemente fue el mismo emperador quien anotó ese diálogo durante el asedio de Constantinopla entre 1394 y 1402. Así se explica que sus razonamientos se recojan con mucho más detalle que las respuestas de su interlocutor persa. El diálogo abarca todo el ámbito de las estructuras de la fe contenidas en la Biblia y en el Corán, y se detiene sobre todo en la imagen de Dios y del hombre, pero también, cada vez más y necesariamente, en la relación entre las «tres Leyes», como se decía, o «tres órdenes de vida»: Antiguo Testamento, Nuevo Testamento y Corán. No

quiero hablar ahora de ello en este discurso; sólo quisiera aludir a un aspecto —más bien marginal en la estructura de todo el diálogo— que, en el contexto del tema «fe y razón», me ha fascinado y que servirá como punto de partida para mis reflexiones sobre esta materia.

En el séptimo coloquio (controversia), editado por el profesor Khoury, el emperador toca el tema de la *yihad*, la guerra santa. Seguramente el emperador sabía que en la *sura* 2, 256 está escrito: «Ninguna constricción en las cosas de fe». Según dice una parte de los expertos, es probablemente una de las *suras* del período inicial, en el que Mahoma mismo aún no tenía poder y estaba amenazado. Pero, naturalmente, el emperador conocía también las disposiciones, desarrolladas sucesivamente y fijadas en el Corán, acerca de la guerra santa. Sin detenerse en detalles, como la diferencia de trato entre los que poseen el «Libro» y los «incrédulos», con una brusquedad que nos sorprende, brusquedad que para nosotros resulta inaceptable, se dirige a su interlocutor llanamente con la pregunta central sobre la relación entre religión y violencia en general, diciendo: «Muéstrame también lo que Mahoma ha traído de nuevo, y encontrarás solamente cosas malas e inhumanas, como su disposición de difundir por medio de la espada la fe que predicaba»\* [\*(...) esta frase no expresa mi valoración personal con respecto al Corán, hacia el cual siento el respeto que se debe al libro sagrado de una gran religión, (...) sólo quería poner de relieve la relación esencial que existe entre la fe y la razón].

El emperador, después de pronunciarse de un modo tan duro, explica luego minuciosamente las razones por las cuales la difusión de la fe mediante la violencia es algo insensato. La violencia está en contraste con la naturaleza de Dios y la naturaleza del alma. «Dios no se complace con la sangre —dice—; no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios. La fe es fruto del alma, no del cuerpo. Por tanto, quien quiere llevar a otra persona a la fe necesita la capacidad de hablar bien y de razonar correctamente, y no recurrir a la violencia ni a las amenazas... Para convencer a un alma racional no hay que recurrir al propio brazo ni a instrumentos contundentes ni a ningún otro medio con el que se pueda amenazar de muerte a una persona».

En esta argumentación contra la conversión mediante la violencia, la afirmación decisiva es: no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios.\*\* [\*\*Solamente por esta afirmación cité el diálogo entre Manuel II y su interlocutor persa] El editor, Theodore Khoury, comenta: para el emperador, como bizantino educado en la filosofía griega, esta afirmación es evidente. En cambio, para la doctrina musulmana, Dios es absolutamente trascendente. Su voluntad no está vinculada a ninguna de nuestras categorías, ni siquiera a la de la racionalidad. En este contexto, Khoury cita una obra del conocido islamista francés R. Arnaldez, quien observa que Ibn Hazm llega a decir que Dios no estaría vinculado ni siquiera por su propia palabra y que nada le obligaría a revelarnos la verdad. Si él quisiera, el hombre debería practicar incluso la idolatría.

A este propósito se presenta un dilema en la comprensión de

Dios, y por tanto en la realización concreta de la religión, que hoy nos plantea un desafío muy directo. La convicción de que actuar contra la razón está en contradicción con la naturaleza de Dios, ¿es solamente un pensamiento griego o vale siempre y por sí mismo? Pienso que en este punto se manifiesta la profunda consonancia entre lo griego en su mejor sentido y lo que es fe en Dios según la Biblia. Modificando el primer versículo del libro del Génesis, el primer versículo de toda la sagrada Escritura, san Juan comienza el prólogo de su Evangelio con las palabras: «En el principio ya existía el Logos». Ésta es exactamente la palabra que usa el emperador: Dios actúa con *logos*. *Logos* significa tanto razón como palabra, una razón que es creadora y capaz de comunicarse, pero precisamente como razón. De este modo, san Juan nos ha brindado la palabra conclusiva sobre el concepto bíblico de Dios, la palabra con la que todos los caminos de la fe bíblica, a menudo arduos y tortuosos, alcanzan su meta, encuentran su síntesis. En el principio existía el *logos*, y el *logos* es Dios, nos dice el evangelista. El encuentro entre el mensaje bíblico y el pensamiento griego no era una simple casualidad. La visión de san Pablo, ante quien se habían cerrado los caminos de Asia y que en sueños vio un macedonio que le suplicaba: «Ven a Macedonia y ayúdanos» (cf. Hch 16, 6-10), puede interpretarse como una expresión condensada de la necesidad intrínseca de un

acercamiento entre la fe bíblica y el filosofar griego.

En realidad, este acercamiento había comenzado desde hacía mucho tiempo. Ya el nombre misterioso de Dios pronunciado en la zarza ardiente, que distingue a este Dios del conjunto de las divinidades con múltiples nombres, y que afirma de él simplemente «Yo soy», su ser, es una contraposición al mito, que tiene una estrecha analogía con el intento de Sócrates de batir y superar el mito mismo. El proceso iniciado en la zarza llega a un nuevo desarrollo, dentro del Antiguo Testamento, durante el destierro, donde el Dios de Israel, entonces privado de la tierra y del culto, se proclama como el Dios del cielo y de la tierra, presentándose con una simple fórmula que prolonga aquellas palabras oídas desde la zarza: «Yo soy». Juntamente con este nuevo conocimiento de Dios se da una especie de Ilustración, que se expresa drásticamente con la burla de las divinidades que no son sino obra de las manos del hombre (cf. Sal 115). De este modo, a pesar de toda la dureza del desacuerdo con los soberanos helenísticos, que querían obtener con la fuerza la adecuación al estilo de vida griego y a su culto idolátrico, la fe bíblica, durante la época helenística, salía desde sí misma al encuentro de lo mejor del pensamiento griego, hasta llegar a un contacto recíproco que después tuvo lugar especialmente en la literatura sapiencial tardía. Hoy

**Dios no se hace más divino por el hecho de que lo alejemos de nosotros con un voluntarismo puro e impenetrable, sino que, más bien, el Dios verdaderamente divino es el Dios que se ha manifestado como logos y ha actuado y actúa como logos lleno de amor por nosotros.**



sabemos que la traducción griega del Antiguo Testamento —la de «los Setenta»—, que se hizo en Alejandría, es algo más que una simple traducción del texto hebreo (la cual tal vez podría juzgarse poco positivamente); en efecto, es en sí mismo un testimonio textual y un importante paso específico de la historia de la Revelación, en el cual se realizó este encuentro de un modo que tuvo un significado decisivo para el nacimiento y difusión del cristianismo. En el fondo, se trata del encuentro entre fe y razón, entre auténtica ilustración y religión. Partiendo verdaderamente de la íntima naturaleza de la fe cristiana y, al mismo tiempo, de la naturaleza del pensamiento griego ya fusionado con la fe, Manuel II podía decir: No actuar «con el *logos*» es contrario a la naturaleza de Dios.

Por honradez, sobre este punto es preciso señalar que, en la Baja Edad Media, hubo en la teología

tendencias que rompen esta síntesis entre espíritu griego y espíritu cristiano. En contraste con el llamado intelectualismo agustiniano y tomista, Juan Duns Escoto introdujo un planteamiento voluntarista (...) Aquí se perfilan posiciones que pueden acercarse a las de Ibn Hazm y podrían llevar incluso a una imagen de Dios-Arbitrio, que no está vinculado ni siquiera con la verdad y el bien. La trascendencia y la diversidad de Dios se acentúan de una manera tan exagerada, que incluso nuestra razón, nuestro sentido de la verdad y del bien, dejan de ser un auténtico espejo de Dios, cuyas posibilidades abismales permanecen para nosotros eternamente inaccesibles y escondidas tras sus decisiones efectivas. En contraste con esto, la fe de la Iglesia se ha atenido siempre a la convicción de que entre Dios y nosotros, entre su eterno Espíritu creador y nuestra razón creada, existe una verdadera analogía, en la que ciertamente —como dice

el IV concilio de Letrán en 1215— las diferencias son infinitamente más grandes que las semejanzas, pero sin llegar por ello a abolir la analogía y su lenguaje. Dios no se hace más divino por el hecho de que lo alejemos de nosotros con un voluntarismo puro e impenetrable, sino que, más bien, el Dios verdaderamente divino es el Dios que se ha manifestado como logos y ha actuado y actúa como logos lleno de amor por nosotros. Ciertamente el amor, como dice san Pablo, «rebasa» el conocimiento y por eso es capaz de percibir más que el simple pensamiento (cf. Ef 3, 19); sin embargo, sigue siendo el amor del Dios-Logos, por lo cual el culto cristiano, como dice también san Pablo, es un culto que concuerda con el Verbo eterno y con nuestra razón (cf. Rm 12, 1).

Este acercamiento interior recíproco que se ha dado entre la fe bíblica y el planteamiento filosófico del pensamiento griego es

un dato de importancia decisiva, no sólo desde el punto de vista de la historia de las religiones, sino también del de la historia universal, que también hoy hemos de considerar. Teniendo en cuenta este encuentro, no sorprende que el cristianismo, no obstante haber tenido su origen y un importante desarrollo en Oriente, haya encontrado finalmente su impronta decisiva en Europa. Y podemos decirlo también a la inversa: este encuentro, al que se une sucesivamente el patrimonio de Roma, creó a Europa y permanece como fundamento de lo que, con razón, se puede llamar Europa.

A la tesis según la cual el patrimonio griego, críticamente purificado, forma parte integrante de la fe cristiana se opone la pretensión de la deshelenización del cristianismo, la cual domina cada vez más las discusiones teológicas desde el inicio de la época moderna. Si se analiza con atención, en el programa de la deshelenización pueden observarse tres etapas que, aunque vinculadas entre sí, se distinguen claramente una de otra por sus motivaciones y sus objetivos.

La deshelenización surge inicialmente en conexión con los postulados de la Reforma del siglo XVI. Respecto a la tradición teológica escolástica, los reformadores se vieron ante una sistematización de la teología totalmente domi-

nada por la filosofía, es decir, por una articulación de la fe basada en un pensamiento ajeno a la fe misma. Así, la fe ya no aparecía como palabra histórica viva, sino como un elemento insertado en la estructura de un sistema filosófico. El principio de la *sola Scriptura*, en cambio, busca la forma pura primordial de la fe, tal como se encuentra originariamente en la Palabra bíblica. Kant, con su afirmación de que había tenido que renunciar a pensar para dejar espacio a la fe, desarrolló este programa con un radicalismo no previsto por los reformadores (...)

La teología liberal de los siglos XIX y XX supuso una segunda etapa en el programa de la deshelenización, cuyo representante más destacado es Adolf von Harnack. En mis años de estudiante y en los primeros de mi actividad académica, este programa ejercía un gran influjo también en la teología católica. Se utilizaba como punto de partida la distinción de Pascal entre el Dios de los filósofos y el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. (...) La idea central de Harnack era simplemente volver al hombre Jesús y a su mero mensaje, previo a todas las elucubraciones de la teología y, precisamente, también de las helenizaciones. (...) En el fondo, el objetivo de Harnack era hacer que el cristianismo estuviera en armonía con la razón moderna, librándolo precisamente de elementos aparentemente filosóficos

y teológicos, como por ejemplo la fe en la divinidad de Cristo y en la trinidad de Dios. (...) En el trasfondo de todo esto subyace la autolimitación moderna de la razón, clásicamente expresada en las «críticas» de Kant, aunque radicalizada ulteriormente entre tanto por el pensamiento de las ciencias naturales. (...) Por una parte, se presupone la estructura matemática de la materia, su racionalidad intrínseca, por decirlo así, que hace posible comprender cómo funciona y puede ser utilizada: este presupuesto de fondo es en cierto modo el elemento platónico en la comprensión moderna de la naturaleza. Por otra, se trata de la posibilidad de explotar la naturaleza para nuestros propósitos, en cuyo caso sólo la posibilidad de verificar la verdad o falsedad mediante la experimentación ofrece la certeza decisiva. El peso entre los dos polos puede ser mayor o menor entre ellos, según las circunstancias (...)

Esto implica dos orientaciones fundamentales decisivas para nuestra cuestión. Sólo el tipo de certeza que deriva de la sinergia entre matemática y método empírico puede considerarse científica. Todo lo que pretenda ser ciencia ha de atenerse a este criterio. También las ciencias humanas, como la historia, la psicología, la sociología y la filosofía, han tratado de aproximarse a este canon de valor científico. Además, es importante para nuestras reflexiones constatar que este método en cuanto tal excluye el problema de Dios, presentándolo como un problema a-científico o pre-científico. Pero de este modo nos encontramos ante una reducción del ámbito de la ciencia y de la razón que es preciso poner en discusión.

(...) Si la ciencia en su conjunto

**La intención no es retroceder o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso. Porque, a la vez que nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad, vemos también los peligros (...). Sólo lo lograremos si la razón y la fe se reencuentran de un modo nuevo.**



Miniatura conservada en la Biblioteca Nacional de Francia, representa al emperador bizantino Manuel II, paleólogo (1350-1435)

es sólo esto, entonces el hombre mismo sufriría una reducción, pues los interrogantes propiamente humanos, es decir, de dónde viene y a dónde va, los interrogantes de la religión y de la ética, no pueden encontrar lugar en el espacio de la razón común descrita por la «ciencia» entendida de este modo y tienen que desplazarse al ámbito de lo subjetivo. El sujeto, basándose en su experiencia, decide lo que considera admisible en el ámbito religioso y la «conciencia» subjetiva se convierte, en definitiva, en la única instancia ética. Pero, de este modo, el ethos y la religión pierden su poder de crear una comunidad y se convierten en un asunto totalmente personal. La situación que se crea es peligrosa para la humanidad, como se puede constatar en las patologías que

helenismo en la Iglesia antigua fue una primera inculturación, que no debería ser vinculante para las demás culturas. Éstas deberían tener derecho a volver atrás, hasta el momento previo a dicha inculturación, para descubrir el mensaje puro del Nuevo Testamento e inculturarlo de nuevo en sus ambientes respectivos. Esta tesis no es simplemente falsa, sino también rudimentaria e imprecisa. En efecto, el Nuevo Testamento fue escrito en griego e implica el contacto con el espíritu griego, un contacto que había madurado en el desarrollo precedente del Antiguo Testamento. Ciertamente, en el proceso de formación de la Iglesia antigua hay elementos que no deben integrarse en todas las culturas. Sin embargo, las opciones fundamentales que atañen

amenazan a la religión y a la razón, patologías que irrumpen por necesidad cuando la razón se reduce hasta el punto de que ya no le interesan las cuestiones de la religión y de la ética. Lo que queda de esos intentos de construir una ética partiendo de las reglas de la evolución, de la psicología o de la sociología, es simplemente insuficiente.

Antes de llegar a las conclusiones a las que conduce todo este razonamiento, quiero referirme brevemente a la tercera etapa de la deshelenización, que se está difundiendo actualmente. Teniendo en cuenta el encuentro entre múltiples culturas, se suele decir hoy que la síntesis con el

precisamente a la relación entre la fe y la búsqueda de la razón humana forman parte de la fe misma, y son un desarrollo acorde con su propia naturaleza.

Llego así a la conclusión. Este intento de crítica de la razón moderna desde su interior, expuesto sólo a grandes rasgos, no comporta de manera alguna la opinión de que hay que regresar al período anterior a la Ilustración, rechazando de plano las convicciones de la época moderna. Se debe reconocer sin reservas lo que tiene de positivo el desarrollo moderno del espíritu: todos nos sentimos agradecidos por las maravillosas posibilidades que ha abierto al hombre y por los progresos que se han logrado en la humanidad. Por lo demás, la ética de la investigación científica, debe implicar una voluntad de obediencia a la verdad y, por tanto, expresar una actitud que forma parte de los rasgos esenciales del espíritu cristiano. La intención no es retroceder o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso. Porque, a la vez que nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad, vemos también los peligros que surgen de estas posibilidades y debemos preguntarnos cómo podemos evitarlos. Sólo lo lograremos si la razón y la fe se reencuentran de un modo nuevo, si superamos la limitación que la razón se impone a sí misma de reducirse a lo que se puede verificar con la experimentación, y le volvemos a abrir sus horizonte en toda su amplitud. En este sentido, la teología, no sólo como disciplina histórica y ciencia humana, sino como teología auténtica, es decir, como ciencia que se interroga sobre la razón de la fe, debe encontrar espacio en la universidad y en el amplio diálogo de las ciencias. (...) ●

# Historia

## Cómo la teología sobre el matrimonio y la familia forjaron la cultura Occidental

Ángela Elósegui

*Ya van siendo legión los estudiosos que ponen de relieve el papel del cristianismo y, en particular, del matrimonio cristiano, en la forja de nuestra cultura occidental: el famoso politólogo norteamericano Francis Fukuyama, de la universidad Johns Hopkins, los economistas Jonathan Schulz y Jonathan Beauchamp, de la Universidad George Mason, y los biólogos evolutivos Joseph Henrich y Duman Bahrami-Rad, de la Universidad de Harvard. El autor de este artículo es misionero y doctor en teología y hace una reseña del trabajo del antropólogo de la Universidad de Harvard Joseph Henrich, quien, pese a declararse contrario a la religión, no puede dejar de reconocer que fue la Iglesia católica la que forjó Occidente.*

**E**l antropólogo de Harvard Joseph Henrich publicó en 2020 el libro titulado *La gente más extraña del mundo*. El título contiene un juego de palabras, pues el término inglés «*Weird*» (literalmente, «extraño») que él aplica a las sociedades occidentales de Europa, puede entenderse también como un acrónimo: W-E-I-R-D, que equivale a *Western, Educated, Industrialized, Rich, and Democratic*) es decir, «occidentales, educadas, industrializadas, ricas y democráticas», reflejando que estas sociedades occidentales, además de prósperas, son una excepción en el panorama mundial. .

¿De dónde proceden estas «raras» pero prósperas sociedades? Los humanistas tienden a responder a esta pregunta con algún tipo de genealogía



intelectual, argumentando que fueron Escoto, Ockham, Lutero, Descartes, Spinoza o Kant, los que introdujeron las innovaciones que pusieron a Occidente en el camino a la modernidad.

Henrich, por el contrario, nos cuenta una historia más profunda y convincente. No fue un intelectual concreto el que trajo esta prosperidad, sino más bien un conjunto de políticas novedosas con respecto al matrimonio, implementadas con creciente rigor por la Iglesia medieval occidental, en un proceso que ya puso en marcha el Papa Gregorio el Grande (+ 604) y que en gran parte se completó en la época del Papa Gregorio VII (+ 1085).

## 1. La poligamia y otros males

Las normas culturales más arraigadas en cualquier sociedad son las que conciernen al matrimonio y la familia, por la sencilla razón de que, como observó Robert Jenson, cualquier sociedad que no se preocupe por su supervivencia en la próxima generación no necesita ya preocuparse de nada más.

En sociedades distintas de la que conocemos como cultura occidental, estas normas se han centrado típicamente en consolidar y ampliar las relaciones de parentesco: «La gente vivía enredada en organizaciones basadas en el parentesco dentro de grupos o redes tribales», reforzadas por prácticas como la propiedad corporativa de la tierra, el matrimonio entre primos, la poligamia (costumbre elitista), el divorcio fácil... Todo ello con un fin primordial: aumentar las probabilidades de que las personas principales del linaje tuvieran un heredero.

En los primeros siglos después de Cristo, Eurasia estaba ya erizada de sociedades agrícolas densamente asentadas, perfeccionadas por la evolución cultural acumulativa y unidas mediante la familia extensa y el compromiso religioso. Esta estructura social, destaca Henrich, fomentó a su vez una psicología particular, que favorecía la conformidad con los pares, la deferencia hacia las autoridades tradicionales, una sensibilidad propensa a la vergüenza y la orientación hacia lo colectivo (por ejemplo, el clan) por encima de la persona. Se vivía y trabajaba principalmente con parientes relativamente cercanos, de cuya buena voluntad y buena fortuna dependía su propia prosperidad.

La poligamia también tiene consecuencias fatídicas,

## El matrimonio y la familia católicos transformó gradualmente a Occidente en una sociedad de familias nucleares que cooperaban a través de mercados impersonales y sociedades voluntarias, que se basaban en principios y leyes eternos y universales, que superaban las tradiciones tribales o las opiniones subjetivas.

en particular para la psicología de los hombres. Esta estructura familiar alienta a los hombres de la élite a tomar varias esposas, lo que crea un excedente de hombres de bajo estatus que no pueden casarse y que, por lo tanto, quedan frustrados y a la deriva. Con poco que perder, estos hombres son mucho más propensos, como documenta Henrich, a cometer delitos o correr riesgos que los hombres casados, cuyos lazos sociales y perspectivas de paternidad los comprometen con el futuro.

La «política de un solo hijo», en China, ofrece a Henrich otro sombrío experimento histórico que prueba esta teoría. La política del hijo único, en gran parte a través del uso generalizado del aborto selectivo por sexo, produjo en 2009 un superávit de 30 millones de niños en relación con las niñas. «En cada provincia, unos 18 años después de que se implementara la política del hijo único», escribe Henrich, «el grupo de hombres excedentarios alcanzó la madurez y las tasas de delincuencia comenzaron a subir a nivel nacional en un 13,6 por ciento anual».

## 2. El papel del matrimonio y la familia católicos

En la Eurasia de la antigüedad tardía, prácticamente todo el mundo vivía en familias extensas respaldadas por religiones moralizadoras, hasta que de repente dejó de ser así. Entre aproximadamente los años 400 y 1200 dC, escribe Henrich, «las instituciones basadas en el parentesco de muchas poblaciones tribales europeas fueron lentamente desmanteladas y finalmente demolidas por la Iglesia Católica Romana... La gente comenzó a formar nuevas asociaciones voluntarias basadas en intereses o creencias compartidos más que en el parentesco».

La Iglesia occidental de la antigüedad tardía comenzó a imponer un paquete de políticas sociales para sus miembros: monogamia de por vida con pocas posibilidades de volver a casarse después del divorcio; prohi-

bición de matrimonios entre familiares, incluso entre parientes lejanos; erosión de las leyes de herencia, con la consiguiente multiplicación de la propiedad privada.

En conjunto, el matrimonio y la familia católicos socavaron profundamente a las tribus de Europa al establecer una identidad social pan-tribal (cristiana), al obligar a las personas a buscar a lo largo y ancho para encontrar cónyuges cristianos no emparentados y al proporcionar un nuevo conjunto de normas sobre matrimonio, herencia y residencia que sentaron las bases sobre las cuales diversas comunidades tribales podrían comenzar a interactuar, casarse y coordinarse entre sí.

La extensión del matrimonio y de la familia católicos también tuvieron efectos duraderos en la organización económica y política de las sociedades europeas. «Liberados de las propiedades corporativas y de los ritos ancestrales, la gente comenzó a unirse voluntariamente a una variedad de asociaciones», escribe Henrich. Los europeos «empezaron a llegar a los pueblos y ciudades de reciente formación» y a formar con entusiasmo asociaciones voluntarias, tales como «gremios, monasterios, cofradías, clubes de vecinos, universidades y otras organizaciones».

En resumen, el matrimonio y la familia católicos hicieron imposible sostener comunidades unidas basadas en el parentesco extenso, y así transformó gradualmente a Occidente en una sociedad de familias nucleares que cooperaban a través de mercados impersonales y sociedades voluntarias, que se basaban en principios y leyes eternos y universales (ley divina, eclesial y natural), que superaban las tradiciones tribales o las opiniones subjetivas.

Por cierto, aclaremos en este punto que J. Henrich se declara contrario a la religión, pero no puede dejar de reconocer que fue la Iglesia quien forjó Occidente. Un caso extraño, el Sr. Henrich.

### **3. Haciendo de Europa EXTRAÑA (W.E.I.R.D.)**

El matrimonio y la familia católicos, según J. Henrich, tuvieron efectos profundos tanto en la organización social como en la psicología de los sujetos. En contraste con los hombres agresivos y mujeriegos fomentados por las sociedades poligínicas, la monogamia presiona a los hombres para que concentren su tiempo y energía en mantener a una mujer y a sus pocos hijos. La monogamia también «cambia la psicología de los hombres» e incluso su fisiología (por ejemplo, redu-

ciendo sus niveles de testosterona), señala Henrich, «en formas que tienden a reducir el crimen, la violencia y el pensamiento de suma cero al tiempo que promueven una confianza más amplia, inversiones a largo plazo, y acumulación económica constante». En efecto, la monogamia doméstica a los hombres, restringiendo su propensión a la promiscuidad y la agresión.

Una sociedad de familias nucleares que se relacionan a través de instituciones legales y económicas impersonales privilegia naturalmente los modos de pensamiento «impersonales» o «analíticos» sobre los orgánicos y holísticos. Henrich sigue al historiador Brian Tierney al ubicar el creciente interés en los «derechos naturales» en las disciplinas del derecho civil y canónico de la alta Edad Media. Sugiere que el mismo impulso analítico y universalizador que produjo el «discurso de los derechos» fue también un factor importante en el intento de modelar el universo en términos de leyes matemáticas uniformes. El Estado de derecho, los derechos subjetivos y la ciencia matemática y experimental son todos claramente «extraños», enfatiza J. Henrich. Y pone algunos ejemplos: «Después de que llega la Iglesia, las posibilidades de que una ciudad adopte alguna forma de gobierno representativo saltan [del 0] al 15 por ciento y luego aumentan continuamente durante los próximos seis siglos, superando el 90%».

El matrimonio y la familia católicos pueden, incluso, explicar las diferencias entre los países europeos, como la existente entre el próspero norte de Italia y el sur plagado de mafia. Como señala Henrich, «el sur de Italia. . . no se incorporó completamente bajo la jerarquía papal hasta después de las conquistas normandas de los siglos XI y XII. Antes de esto, Sicilia había estado bajo dominio musulmán durante aproximadamente dos siglos y medio. En consecuencia, las tasas de matrimonio entre primos son 10 veces más altas en el sur de Italia que en el norte y el resultado es un nivel mucho más alto de confianza social y prosocialidad impersonal en el norte que en el sur».

### **4. Siglo XXI: Volvemos a las tribus. La cultura woke, identitaria o de la cancelación**

No hay duda de que la cultura occidental ha muerto. Para ser más exactos, se ha suicidado. Y la causa principal está en el abandono y el rechazo militante del matrimonio y la familia católicos. La vuelta al divorcio fácil y a la poligamia encubierta, el abandono real del proyecto familiar y de los hijos, vistos como carga y algo a evitar (mentalidad anticonceptiva y aborto), la ideología de

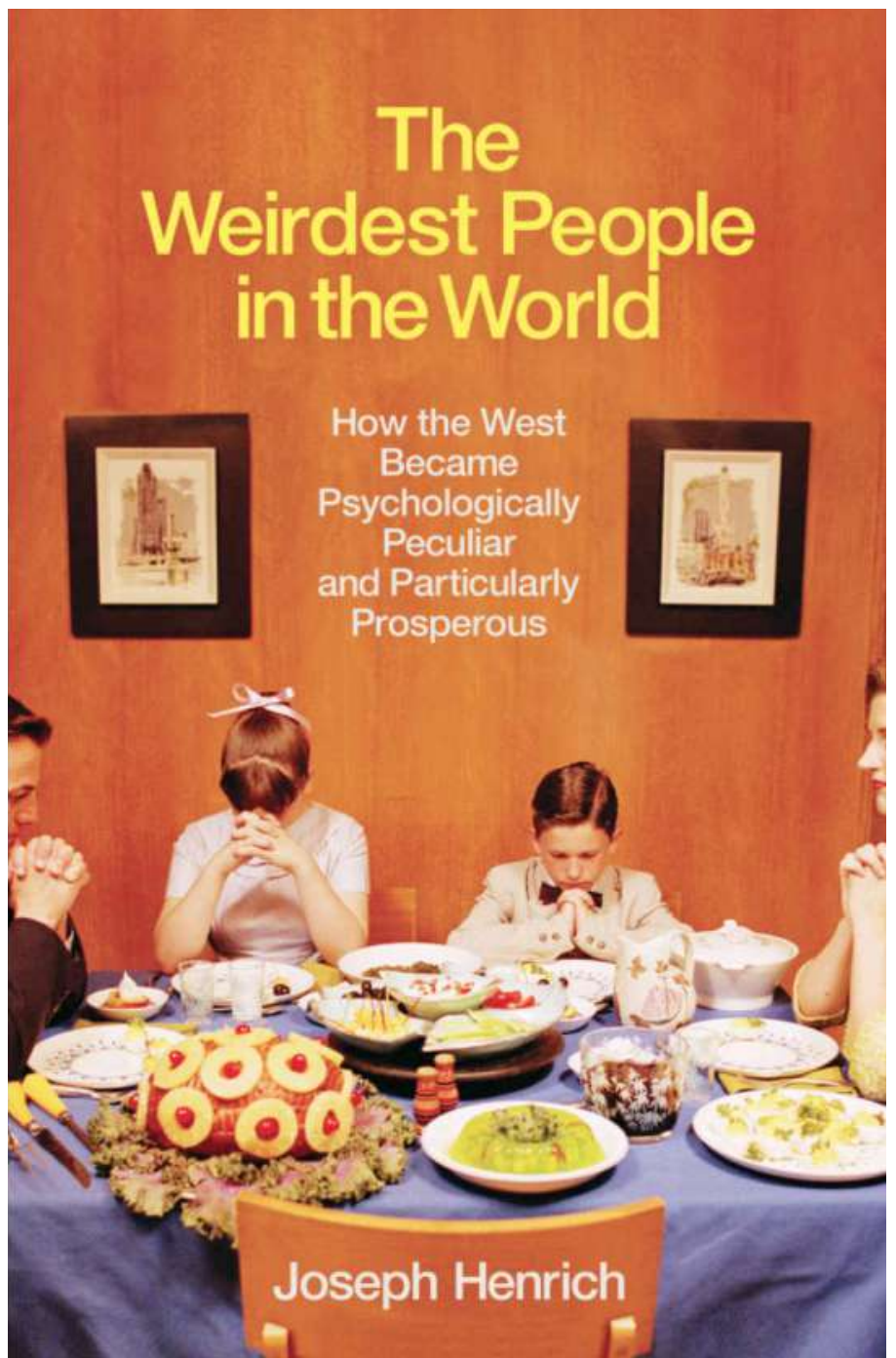


género y la visión materialista del cuerpo y de la sexualidad... son evidencia del retorno a la mentalidad tribal que pone el acento en la intersubjetividad del propio grupo y desecha la visión común objetiva sostenida en la razón y la fe.

Al sustituir el plan y la ley divina, reflejada en la ley natural por ideologías identitarias, se hace imposible cualquier entendimiento, consenso o bien común. De ahí, la pelea de gatos en la que se han convertido todas las sociedades contemporáneas, el crecimiento de populismos y totalitarismos. Hasta dentro de la propia Iglesia, el verdadero diálogo se hace cada vez más complicado, por la misma razón. Como señuelo, nos venden un terrible sustituto de la verdad común: el sentimentalismo, el buenismo, la tolerancia hueca y el diálogo de sordos.

Al rechazar las referencias objetivas, universales y permanentes, así como las instituciones que nacen de ellas (empezando por el matrimonio de hombre y mujer, la familia tradicional, la Iglesia, la política rectamente entendida), a la humanidad solo le queda rendirse al control de los poderosos, que se imponen por el miedo (por ejemplo, la pandemia de Covid-19), la desvinculación o desarraigo, la desconfianza y el enfrentamiento entre las propias víctimas.

Las políticas de identidad están de vuelta: nacionalismo, victimización de varios grupos (definidos por raza, orientación sexual, género, etc.), ecologismo falso, animalismo, feminismo, indigenismo... todos promovidos por el propio imperialismo de las multinacionales porque le hacen el trabajo sucio: parece que luchan contra él, pero -en verdad- difunden su mentalidad, su visión teológico-antropológica, socavando la visión católica, que hizo posible los más altos niveles de dignidad, libertad, racionalidad, belleza, justicia, creatividad y distribución de la propiedad. •



**Al sustituir el plan y la ley divina, reflejada en la ley natural por ideologías identitarias, se hace imposible cualquier entendimiento, consenso o bien común. (...) Como señuelo, nos venden un terrible sustituto de la verdad común: el sentimentalismo, el buenismo, la tolerancia hueca y el diálogo de sordos.**

# En el 40 aniversario de la *Laborem Exercens*



Manifestación del MCC en Venezuela. Campaña por la Justicia en las Relaciones norte-sur, “No matarás” (Dios)

«Con su trabajo el hombre ha de procurarse el pan cotidiano, contribuir al continuo progreso de las ciencias y la técnica, y sobre todo a la incesante elevación cultural y moral de la sociedad en la que vive en comunidad con sus hermanos [...] el trabajo lleva en sí un signo particular del hombre y de la humanidad, el signo de la persona activa en medio de una comunidad de personas»

*(S. Juan Pablo II, carta encíclica Laborem exercens)*



**Nuevos movimientos sociales actúan como fuerza de choque en la actual guerra cultural y antropológica impulsada por el neocapitalismo**

**Sus primeras víctimas, por acción u omisión, son los más débiles y desvalidos**

por una cultura solidaria  
[solidaridad.net](http://solidaridad.net)

